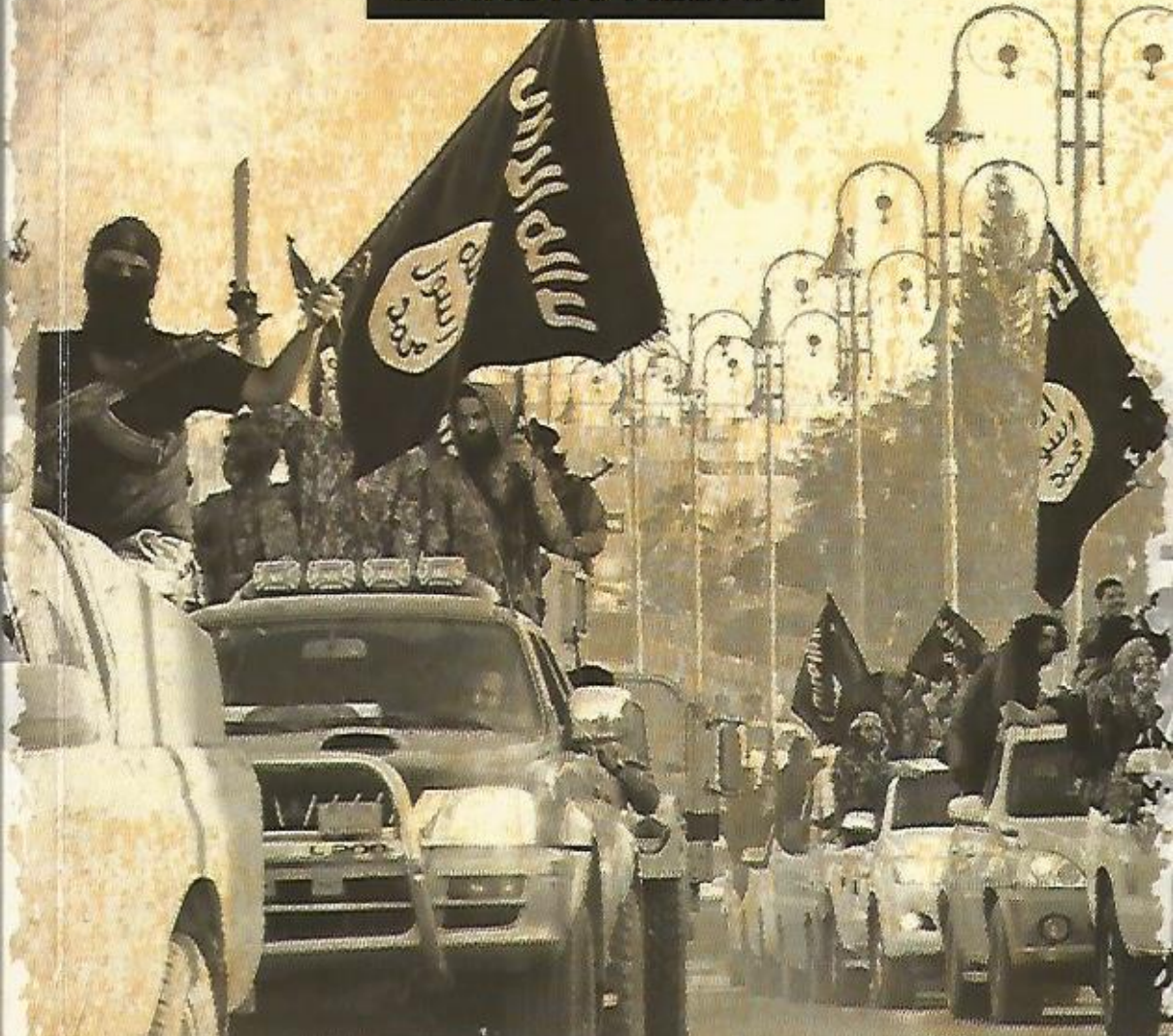


LEANDRO ALBANI



ISIS

EL EJÉRCITO DEL TERROR

editorial
Sudestada

Con opiniones de Guadi Calvo, Julián Aguirre y Rasoul Goudarzi

El Califato del terror *por Leandro Albani*

El silencio en el interior de la Gran Mezquita de la ciudad iraquí de Mosul corta el aire con filo quirúrgico. La imagen muestra una escalinata que lleva a un púlpito, su baranda dorada, un micrófono y, de fondo, una columna de mármol que termina en ornamentos. El silencio, dentro de la mezquita, se escucha perturbador. Abu Bakr Al Baghdadi sube los escalones despacio, con un andar pesado y tranquilo. Ese hombre, que hoy conmociona al mundo, sabe que en ese momento tiene las de ganar. Su perfil lo muestra ataviado con ropa negra y una larga barba con manchones blancos. Al Baghdadi se sienta y escucha el llamado a la oración, siempre mirando hacia abajo. En la mezquita, decenas de personas esperan las palabras del líder del entonces llamado Estado Islámico en Irak y El Levante, una persona que desde su aparición se mueve en el secretismo más absoluto, como lo hicieron sus predecesores más cercanos, el Mullah Omar –líder del movimiento Talibán en Afganistán– y Osama Bin Laden –máximo responsable de Al Qaeda–.

Tanto Omar como Bin Laden organizaron a sus grupos rodeados de misterio y polémicas. Ambos líderes también comparten con Al Baghdadi sus relaciones tormentosas con Estados Unidos y las monarquías del Golfo Pérsico. En el caso de los Talibanes, Estados Unidos los respaldó con armamento y dinero, vía Pakistán, en su lucha contra el ingreso del ejército soviético a Afganistán, en una guerra que se desarrolló entre 1978 y 1992. Derrotadas las fuerzas de la Unión Soviética, que defendían al gobierno del Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), los comandantes muyahidines tomaron el control de Kabul, la capital del país. Mientras tanto, Estados Unidos iniciaba otro plan de desestabilización para derrocar a

los propios grupos que había apoyado. Los Talibanes, transformados entonces en sus nuevos aliados, recibieron el respaldo necesario para promover el "orden" en Afganistán. Ante la incapacidad de los muyahidines para estabilizar el país, los seguidores del Mullah Omar recibieron el beneplácito de Washington y arrasaron desde las montañas de Kandahar, en el sur del país, hasta llegar a Kabul y tomar el poder en 1996.

Por su parte, Osama Bin Laden, considerado el enemigo público número uno de Estados Unidos hasta su asesinato, en mayo de 2011, creó en su entorno un manto de misterio que apenas era develado cuando aparecía en videos esporádicos, filmados desde las profundidades de las montañas afganas de Tora Bora. Solventado durante años con el dinero de Arabia Saudí y Estados Unidos, Bin Laden participó en los combates contra el ejército soviético. Anticomunista acérrimo al igual que Omar, su familia mantiene una posición privilegiada dentro de la monarquía saudí. Las estrechas relaciones entre la familia Bin Laden, la Casa de Saud y los sectores de poder en Estados Unidos —entre los que se encuentra el clan Bush—, le permitieron a Bin Laden recaudar fondos y organizar un grupo descentralizado que tuvo su máxima exposición durante los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono, en septiembre de 2001.

Tanto el Mullah Omar como Bin Laden y Al Baghdadi —que se autoproclamó como Califa Ibrahim— tienen en común la ideología que rige sus decisiones y que se vincula de forma casi simbiótica con las políticas de Arabia Saudí y, en menor medida, con las del gobierno turco del presidente Recep Tayyip Erdogan. Los Talibanes, Al Qaeda y el Estado Islámico son grupos que profesan el wahabismo, corriente dentro del Islam sunita, caracterizada por una lectura literal del Corán, la aplicación férrea de la Sharia² y una segregación social contra quienes consideran "impuros" o no musulmanes. El wahabismo es fuertemente criticado por otras ramas islámicas, principalmente desde el chiísmo que, junto al sunismo, conforman las dos grandes divisiones religiosas e ideológicas dentro del mundo musulmán. A su vez, los Talibanes, Al Qaeda y el Daesh no plantean una ruptura económica con el capitalismo. Por más que sus proclamas tengan un fuerte contenido anti estadounidense y anti europeo, en los hechos concretos reproducen el sistema vigente, basado en un duro control central que se apoya en clanes y tribus, que reafirma la división de clases (pese a que en sus

² La Sharia, o Ley Islámica, es el cuerpo del Derecho islámico. Constituye un código detallado de conducta, en el que se incluyen también las normas relativas a los modos del culto, los criterios de la moral y de la vida, las cosas permitidas o prohibidas, las reglas separadoras entre el bien y el mal. Aunque está en el Islam, no es un dogma ni algo indiscutible (como pudiera serlo el texto del Corán), sino objeto de interpretación.

discursos convoquen a la igualdad dentro del Islam) y los modelos de producción más arcaicos, similares al feudalismo, con el cobro de impuestos, el derecho al saqueo y, en su punto máximo, la trata de personas, como sucede con ISIS y su redituable negocio de compra y venta de mujeres esclavizadas, a los que se suman el tráfico ilegal de petróleo y el robo de reliquias milenarias.

Aunque se conocía de la existencia de Al Baghdadi, pocos repararon en esa sombra que tiempo atrás se llamaba Ibrahim Awwad Ibrahim Al Badri. Nacido en la ciudad de Samarra en 1971 y doctorado en estudios islámicos por la Universidad de Bagdad, su historia se reconstruyó con pocos datos y muchos interrogantes. Todos coinciden en que el líder de ISIS se unió a grupos terroristas en 2003, durante la invasión de Estados Unidos a Irak. Apenas un año después fue apresado y estuvo once meses recluido en el centro de detención Camp Bucca, controlado por las fuerzas estadounidenses. En ese lugar comenzó a tejer su relación con miembros de Al Qaeda, organización a la que se integró y que inició sus operaciones en Irak bajo el nombre de Comunidad del Monoteísmo y la Yihad (Yama'at al-Tawhid wal-Yihad) y luego como Organización de la Base de la Yihad en el País de los Dos Ríos (Tanzim Qa'idat al-Yihad fi Bilad al-Rafidayn). Al mismo tiempo, en la prisión entabló relaciones con ex militares del gobierno de Sadam Husein, muchos de los cuales se sumarían al Daesh y conformarían la columna vertebral de la organización, debido a su experiencia militar y territorial.

Con una historia difusa y compleja, el derrotero de Al Baghdadi se vuelve nebuloso. En 2006, Abu Musab Al Zarqawi –líder de Al Qaeda en Irak (AQI)– fue ultimado durante un bombardeo estadounidense en Baquba, capital de la provincia de Diyala. Con el nuevo liderazgo de Rashid Al Baghdadi, Al Qaeda continuó sus operaciones en Irak, expandiendo su acción por las provincias de Ambar, Nínive, Kirkuk, Saladino, Babilonia y Bagdad, la capital del país. Pero en ese año, el entonces Ibrahim Al Badri rompió con Al Qaeda y con su máximo dirigente, Ayman Al Zawahiri, que era el sucesor de Bin Laden.

En contraposición, el periodista Patrick Cockburn, en su libro *ISIS. El retorno de la Yihad*, relata que Al Baghdadi estuvo prisionero de Estados Unidos entre 2005 y 2009 y que, para ese entonces, ya lideraba AQI con una mayor organización y con la insistencia personal de mantener “la secrecía extrema, de modo que pocas personas supieran quién era él”. Con la guerra de agresión desatada contra Siria, Al Baghdadi envió a ese país a combatientes cargados de armas y dinero –según Cockburn– para conformar el Frente Al Nusra (Jabhat Al Nusra), pero en 2013 se alejó de Al Qaeda, aunque el control territorial conquistado hasta ese momento siguió en su poder.

En *Los chicos del ISIS*, el periodista Gustavo Sierra relata que Al Baghdadi desde pequeño tuvo contacto con el Islam, aunque su familia era laica y afiliada al Partido Bass iraquí. Ya en la universidad tomó contacto con los Hermanos Musulmanes (HM), cuestionada organización creada en 1928 por Hasan Al Bana en Egipto y que en la actualidad recibe el respaldo de Qatar. Los HM fueron perseguidos y prohibidos por los gobiernos de los ex presidentes Abdel Gamal Nasser, en Egipto, y Hafez Al Assad, en Siria, acusados de impulsar golpes de Estado y asesinar a dirigentes políticos y sociales.

En una biografía escrita por Turki Al Bin Ali, seguidor del Estado Islámico, se argumenta que los orígenes de Al Baghdadi provienen de la tribu Quaraysh, a la que pertenecía el profeta Mahoma. En su prédica por enaltecer al líder, ISIS lo muestra como un representante legítimo que llegó para liberar al mundo musulmán. Cuando en junio de 2014 se conoció que Al Baghdadi se había autoproclamado Califa, el vocero de Daesh, Abu Mohammed Al Adnani, lo presentó como "el jeque, el guerrero, el erudito que practica lo que predica. El orador, el líder, el guerrero, el revitalizador, descendiente de la familia del Profeta".

Por otro lado, son pocas las fotos conocidas del líder de ISIS, casi todas difundidas por Washington al incluirlo en la lista de los cinco terroristas más buscados del mundo. En otras dos fotos más recientes, se lo puede ver detrás del senador estadounidense John McCain, cuando el ex aspirante republicano a la Casa Blanca ingresó en 2013 de forma ilegal a Siria y se entrevistó con una comitiva de líderes opositores que comandaban grupos armados irregulares. En esa reunión, en la que Al Baghdadi y McCain departen en un amplio estudio iluminado por el sol, quienes participan fueron señalados por integrar el Frente Al Nusra y el Ejército Libre Sirio (ELS), primer grupo que se levantó en armas contra el gobierno sirio.

Si faltaban interrogantes alrededor del Califa, otro más fue aportado por el ex integrante de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA), Edward Snowden, al revelar que los servicios de inteligencia británico y estadounidense, junto al Mossad israelí, trabajaron en coordinación para crear al Daesh. Según documentos filtrados, Al Baghdadi recibió entrenamiento militar durante un año por parte del Mossad, además de cursos de teología y de oratoria. También se difundió que la verdadera identidad del Califa es Elliot Shimon y que se desempeña como agente de la inteligencia israelí.

Dado por muerto en varias ocasiones, aunque nunca se pudieron confirmar estas versiones, y pese a que los datos se pierden y en muchas oportunidades se confunden, lo real es que a principios de julio de 2014 Al Baghdadi apareció ante sus fieles en la Gran Mezquita de Mosul,

ciudad que ISIS había tomado unos días antes –hecho que utilizó como una fuerte carta de presentación–. En ese discurso grabado y difundido por el amplio abanico de medios de comunicación y redes sociales del Estado Islámico, el autoproclamado Califa llamó a implementar la Sharia, a que todos los musulmanes “emigren” hacia el Estado Islámico y a combatir a los enemigos de Alá. Para ISIS, esos enemigos son los propios musulmanes que consideren “infieles” (no sólo chiítas sino también sunitas) pero además los cristianos, yezidíes o kurdos.

En el sermón, Al Baghdadi empleó una de las armas más poderosas que tiene el Daesh: un discurso simple, fácil de asimilar, que reivindica a un pueblo explotado e invadido durante décadas. “Yo soy el líder que los preside –dijo el Califa, ya de pie, con el rostro rígido y el cuerpo macizo e imponente–. Aunque no soy el mejor entre nosotros, así que si tengo razón, ayúdenme. Si ven que estoy equivocado, aconséjenme y devuélvanme al camino correcto y obedézcanme mientras yo obedezca a Alá”.

Sin inmutarse, Al Baghdadi elogió la victoria de ISIS que restableció el Califato en Medio Oriente. “Alá le dio la victoria a vuestros hermanos muyahidines tras largos años de yihad y paciencia –expresó–, y por ello han declarado el Califato y nombrado al Califa”. Con estas palabras, el líder del Estado Islámico abrió las puertas a la conquista y a la destrucción. A partir de ese momento, ISIS no se detuvo en su objetivo de asesinar a miles de “infieles”, controlar territorios, aplicar sanciones de hierro a los pobladores y recaudar millones de dólares. Con el Daesh en acción, el caos en Medio Oriente estaba asegurado.

Una primavera descontrolada

Cuando el joven Mohamed Bouazizi se inmoló el 17 de diciembre de 2010, en Medio Oriente y el norte de África estallaron decenas de protestas y manifestaciones contra gobiernos y regímenes que llevaban décadas en el poder. Rápidamente, los grandes medios de comunicación se alinearon y calificaron la avalancha de movilizaciones y enfrentamientos con los cuerpos policiales como “Primavera Árabe”, un término que remite a las revoluciones de colores de décadas pasadas, siempre respaldadas por Washington.

Por esos días, Bouazizi, con apenas 26 años, representó la desesperación que atravesaba el pueblo de Medio Oriente y el Magreb, pero no sólo por muchos de esos gobiernos y dictaduras que manejaban los países, sino por una acumulación de injusticias sufridas que, en el siglo xx, tuvieron responsables concretos: Estados Unidos y sus aliados más cercanos, dentro y fuera de la región.

Bouazizi, harto de que la policía tunecina confiscara su puesto de frutas y lo maltratará cada vez que elevaba una queja, se convirtió en una pira humana que desparramó sus chispas hacia todos lados, transformándose en un símbolo de rabia e impotencia, pero también de la caída en desgracia, una vez más, de los pobladores de Medio Oriente.

Si bien la Primavera Árabe fue una reacción desesperada y (en muchos de los casos) espontánea, detrás de esas protestas se configuraron poderes regionales e internacionales que no dudaron en rociar con combustible a los países que deseaban ver entre ruinas. Las razones de la Primavera Árabe se pueden buscar en la crisis financiera mundial que se inició en Estados Unidos en 2008, con el estallido de la burbuja inmobiliaria y el maremágnum que le siguió, cuando las naciones (principalmente las potencias europeas) fueron cayendo una por una, despojando de puestos de trabajo y viviendas a cientos de miles de personas, al mismo tiempo que los estados inyectaban millonarias sumas de dinero a los bancos privados y entidades financieras para salvarlas, pese a que la especulación de esos grupos de poder habían generado la crisis. A su vez, este hecho histórico está influenciado por el aumento indiscriminado del precio de los alimentos a nivel mundial que, como era de esperar, afectó a los países más pobres y desprotegidos. Otra razón para encender la mecha seca de la Primavera Árabe fue el retroceso que desde hace años sufren los procesos políticos conocidos como nacionalismo árabe o "panarabismo", tanto en Medio Oriente como en el Magreb, a lo que se suma que muchos gobiernos, como los casos de Siria y Libia, a partir del año 2000 iniciaron una apertura económica con fuertes rasgos de liberalismo, privatizando sectores estatales y aplicando recortes presupuestarios que afectaron principalmente a los pobladores más humildes.

Pero quizá el factor desequilibrante para el estallido social haya sido la invasión de Estados Unidos a Irak en 2003. Ese año se concretó la avanzada más furiosa y mortal de Washington sobre Medio Oriente, que tuvo su antecedente más cercano en la invasión militar a Afganistán en 2001. Bajo el argumento de la "lucha contra el terrorismo", profundizada tras los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono, el entonces gobierno de George W. Bush desató operaciones militares que no sólo terminaron con el gobierno de Sadam Husein, sino que sumieron a Irak en el caos y la pobreza absoluta, azuzando los enfrentamientos sectarios entre chiítas, sunitas y kurdos, destruyendo al Estado iraquí tal como se lo conocía para implantar un modelo occidental, y despejando el camino para que las grandes empresas tomaran el control del mercado del petróleo (principal recurso de Irak) y ganaran millones de dólares en la reconstrucción de un país devastado. Irak, gobernado con mano de

hierro por Husein y el Partido Baas, desde hacía diez años era golpeado por una serie de sanciones impuestas por la Casa Blanca, luego de que el ejército iraquí invadiera Kuwait en 1990. Como respuesta a esta decisión, Estados Unidos, junto a otros 34 países, desató la operación "Tormenta del Desierto" contra Irak, bombardeando el país y dejando a su paso cientos de miles de civiles muertos.

Con la caída del campo socialista a principios de 1990, la Casa Blanca decretó el fin de la historia y las ideologías, pero buscó un nuevo enemigo para mantener su estatus de potencia mundial. El mundo islámico, y en especial sus antiguos socios musulmanes, fue elegido como blanco, sobre todo quienes operaban en países ricos en recursos naturales, como es el caso de Irak.

Como un fuego que arrasa todo lo que toca, las masivas protestas iniciadas en Túnez en 2010 se expandieron a principios de 2011 en Egipto, Mauritania y Sudán; en febrero de 2011, en Bahreín, Libia, Yemen, Irak, Jordania, Marruecos, Argelia y Omán; en mayo de 2011, en Kuwait, Siria, Arabia Saudí y Palestina –en este último caso bajo el reclamo de conformar un gobierno de unión entre Al Fatah y el Movimiento de Resistencia Islámica Hamas, las fuerzas palestinas hegemónicas–.

Aunque las movilizaciones de la Primavera Árabe no tuvieron una dirección clara, ya que ningún grupo en particular las impulsaba, los Hermanos Musulmanes intentaron posicionarse como eje aglutinador del descontento. En Egipto, donde el pueblo apuntó su furia contra el dictador Hosni Mubarak, el grupo creado por Al Banna buscó la forma de capitalizar las protestas. Mientras Estados Unidos observaba la hecatombe en Egipto con mesura y parsimonia, tratando de salvar a Mubarak de su inminente caída, los Hermanos Musulmanes volvieron a la luz pública con fuerza, luego de décadas de trabajo político meticuloso, siempre con una fuerte base en el Islam y en las mezquitas y madrasas que tenían desperdigadas por los países de Medio Oriente, y desde las cuales llamaban a la rebelión. Defensores de un Islam conservador que no confronta con las estructuras centrales del sistema capitalista, los Hermanos Musulmanes supieron canalizar los descontentos y suplantar las falencias de los estados a través de un profundo trabajo social y de un poder económico solventado por donaciones millonarias obtenidas en las monarquías del Golfo Pérsico, en particular desde Qatar.

Por otro lado, Al Qaeda redobló sus operaciones con el objetivo de derrocar a los gobiernos de Irak y Siria. Al mismo tiempo, decenas de organizaciones armadas irregulares comenzaron a surgir, solventadas por el dinero de Arabia Saudí y Qatar, intentando dar la estocada final a los gobiernos laicos de la región. Sin perder el tiempo, Estados Unidos y

sus aliados apuntaron sus cañones contra las administraciones díscolas, en especial hacia el gobierno del presidente sirio Bashar Al Assad, calculando que la ola de protestas y los planes desestabilizadores en marcha podrían llegar hasta Irán, que desde hace años viene posicionándose como factor de poder y potencia económica en Medio Oriente, al mismo tiempo que es el principal crítico, junto a Siria, de la política expansionista del Estado de Israel.

Estados Unidos también diferenció de manera clara quiénes eran sus enemigos. Mientras el dictador tunecino Zine Al Abidine Ben Ali dimitía a su cargo e iniciaba un exilio de oro en Riad, la capital saudí, el futuro de Libia estaba decidido. Desde los dos mandatos de George W. Bush existía un plan para controlar de una vez por todas Medio Oriente. Siria, Libia, Irak e Irán eran las naciones a conquistar. En Libia, el líder Muammar Al Gaddafi denunció que las protestas desatadas en la ciudad de Bengasi, al este del territorio, tenían como objetivo convertir al país en otro Afganistán.

Las manifestaciones de la Primavera Árabe tuvieron como respuesta gubernamental la represión, aunque en el caso de Siria el presidente Al Assad convocó de forma rápida y urgente al diálogo nacional y a discutir reformas en la Constitución para atender las demandas. Pero los gobiernos nacionalistas que todavía sobrevivían estaban corroídos por la corrupción y sus fuerzas de seguridad se habían convertido en aparatos represivos que no daban tregua. Siria y Libia –con sus diferencias, particularidades y errores cometidos con la apertura económica y el peligroso acercamiento a sus otrora enemigos–, tal vez eran las naciones en las cuales el panarabismo y el laicismo mantenían un arraigo popular más profundo. Y sobre esos dos países cayeron los castigos más fuertes. En Libia, que se encuentra entre las diez principales potencias petroleras y tenía el mayor nivel de vida del continente africano, bastaron ocho meses de bombardeos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) para devastar el territorio. La alianza atlántica fue desequilibrante en su apoyo a los grupos terroristas que dieron caza a Gaddafi para luego asesinarlo. En Siria, luego de seis años de guerra de agresión, los muertos superan los 400 mil, los desplazados internos los seis millones y son casi tres millones los refugiados que huyeron hacia otros países. La nación siria, que se autoabastecía y no mantenía deudas con entidades financieras internacionales, fue destruida ciudad por ciudad, pueblo por pueblo y aldea por aldea.

En un escenario de caos y de injerencia extranjera, de protestas genuinas luego cooptadas por el dinero y las ansias hegemónicas de Arabia Saudí y Turquía; con un flujo permanente de armamento hacia los grupos irregulares y con el objetivo estadounidense de rendir a sus

pies todo Medio Oriente, el Estado Islámico irrumpió con una fuerza devastadora, convocando al saqueo y a los asesinatos de los "infeles", y dejando al descubierto un sinfín de tramas oscuras que lo tendrán, hasta el día de hoy, como protagonista.

Las banderas negras flamean en Irak y Siria

Establecer un Califato entre Bagdad, en Irak, y la ciudad de Raqqa, en el norte de Siria, y diseminar la ideología wahabí por el mundo, parece ser la simple ecuación dentro del Estado Islámico desde su presentación, con la toma de la localidad iraquí de Mosul en 2014.

Ubicada en el norte de Irak, Mosul es la segunda ciudad en importancia en el país y posee vastas reservas de petróleo, por lo cual ISIS la asaltó para tomar el control y asolar a la población. En esa ciudad, que era protegida por casi 100 mil soldados iraquíes, decenas de camionetas Toyota Hilux avanzaron sin que nadie las detuviera, y los mercenarios montados en ellas no dejaron de flamear las banderas negras con inscripciones blancas. "No hay más dios que Alá", se puede leer en la parte superior de esas banderas. Debajo, dentro de un círculo blanco, también está inscripta la frase "Mahoma es el mensajero de dios".

El impacto militar, social y mediático de la toma de Mosul fue la carta de presentación de Daesh. A partir de ese momento, su expansión por Irak y Siria se convirtió en un huracán de terror. Saqueo de bancos, decapitaciones públicas, secuestro de niños y mujeres, fosas comunes, toma de pozos petroleros, el despojo de pueblos enteros y una cobertura mediática propia, digna de una producción de Hollywood.

Detrás del grupo de Al Baghdadi siempre voló la sombra de Arabia Saudí y Turquía. La monarquía de la familia Saud y el gobierno de Erdogan no escatimaron esfuerzos para solventar a ISIS y a otros grupos, como el Frente Al Nusra, con el único objetivo de derrocar al gobierno sirio e intentar dividir territorialmente a Irak, para de esa manera controlar sus riquezas.

Una prueba contundente de la participación de Arabia Saudí en la conformación de ISIS, es la revelación de un documento oficial de carácter secreto del Ministerio del Interior, dirigido a la oficina del servicio de Inteligencia de esa cartera saudí. En el texto, reproducido en la serie documental *Conociendo ISIL*, se puede leer la orden de liberar a presos encarcelados en Arabia Saudí, acusados de crímenes como contrabando de drogas, asesinatos y violaciones, a los cuales "se les perdona la pena de muerte y se les da un pago mensual a sus familias a cambio de su 'rehabilitación' y 'entrenamiento' para ir a la yihad en Siria". Entre esos presos había ciudadanos egipcios, palestinos, somalíes y afganos.

Solventado por millones de dólares y coberturas legales que convierten a las fronteras en simples líneas imaginarias, el Estado Islámico está integrado por hombres y mujeres de 86 nacionalidades diferentes, y en sus filas se llegaron a contabilizar –aunque la cifra no es precisa– entre 30 mil y 100 mil combatientes, este último número durante su mayor apogeo. La estructura interna y territorial de ISIS muestra un férreo control y, a su vez, intenta exhibir una capacidad estatal autosuficiente, sobre todo en Irak, donde el Estado fue casi demolido luego de la intervención militar estadounidense en 2003.

En la cabeza de esa estructura se encuentra el propio Al Baghdadi, que tiene poder directo sobre sus lugartenientes en Irak y Siria, ambos países divididos –según ISIS– en “Wilayas”, regiones dirigidas por gobernadores que tienen a su cargo estructuras administrativas y militares; a su vez, estas regiones tienen gobernadores locales. De Al Baghdadi también se desprenden un Gabinete de Consejeros (dividido en las áreas de administración, seguridad, prisioneros, coordinación, finanzas, militar y combatientes extranjeros); el Consejo de la Sharia (conformado por seis miembros y del cual depende la “Hesba” –policía religiosa–, y que está conectado con los consejeros religiosos); el Consejo de la Shura (integrado por nueve u once personas, que asesoran sobre los asuntos militares y políticos más importantes); y los Consejos militar, provincial, mediático, de seguridad, económico, de inteligencia, judicial y de apoyo a los combatientes. Al mismo tiempo, el grupo tiene una policía secreta llamada “Amniyal”.

A nivel militantes, estos se reparten en tres categorías: los “ansar”, de origen sirio o iraquí y que tienen superioridad sobre los extranjeros, denominados “muhajirín”; además están los “munasir”, simpatizantes de los gobiernos sirio o iraquí pero que juraron lealtad al Califato y que se encargan de las tareas burocráticas.

Muchos analistas coinciden en que la columna vertebral del Daesh (principalmente en el aspecto militar) es la Orden Naqshbandi, conducida por Izzab Ibrahim Al Dauri, quien dirigió al partido Bass iraquí tras la caída de Sadam Husein. Esta fuerza, –conformada por militares bassistas que sufrieron en carne propia la persecución estadounidense, pero entrenados lo suficiente en el arte de la guerra–, no se identifica con el Islam ortodoxo de ISIS y su alianza es considerada como una táctica para perfilarse como opción de poder.

Además de su poderío militar –que incluye armas químicas–, el Estado Islámico tiene una estructura mediática conformada por la revista digital *Dabiq*, la agencia de noticias *Amaq*, cientos de cuentas en las redes sociales Twitter y Facebook (principalmente para captar seguidores) y una producción audiovisual de calidad cinematográfica que se puede

rastrear en Youtube, en la cual muestran las ejecuciones, los combates, el entrenamiento de sus milicianos (incluidos niños) y las "conquistas" del Califato. El impacto de las superproducciones del Daesh tiene una llegada inmediata a los grandes medios de comunicación mundial, siempre sedientos de amarillismo.

En el libro *Los chicos del ISIS* se recoge el testimonio de Abu Abdullah, camarógrafo marroquí del Daesh, que relató su trabajo en oficinas instaladas en una ex fábrica en las afueras de Alepo, en Siria: "Eran cuatro pisos repletos de computadoras, cámaras de video, luces de estudio, pantallas, servidores y decenas de técnicos e ingenieros. Teníamos dos grandes generadores de electricidad, así que nunca nos quedábamos sin batería". Se calcula que, por mes, ISIS difunde unos mil videos desde sus propios medios y redes sociales.

Pese a que la estructura de ISIS remite a un ejército mercenario, en el cual se pagan salarios de entre 500 y 1000 dólares, el grupo (que tiene un capital cercano a los dos mil millones de dólares) tuvo una fuerte inserción social, debido a un discurso simple y enarbolando las banderas de resistencia contra el poder occidental. La destrucción de la sociedad iraquí generada por las sanciones y ataques militares de Estados Unidos, además de una injerencia que permitió profundizar las divisiones sectarias, convirtieron a muchos pobladores de ese país (y potencia petrolera mundial) en hombres y mujeres desesperados que, ante las promesas del Estado Islámico, optaron por refugiarse hacia un grupo que en teoría compartía su identidad. En el caso de Siria, el objetivo principal de ISIS es derrocar al gobierno de Al Assad y, si bien mantuvo el control de Raqqa (donde instaló la capital del Califato), Alepo, Homs y otras ciudades, una gran parte de la sociedad respondió a la identidad de la República, aunque en 2011 habían estallado masivas movilizaciones contra el gobierno.

Montados a camionetas flamantes, repartiendo comida y represión en los poblados más pobres, sosteniendo la pureza del Islam como discurso y encabezando una lucha contra la "herejía" de Occidente, ISIS se expandió como un fuego desbocado en Irak y en Siria. Y en ese entonces muy pocos sabían cómo detener esa tormenta que arrasaba desde la oscuridad.

Un Islam cuestionado

La irrupción de ISIS en el escenario mundial permitió, por un lado, confirmar que Estados Unidos y sus aliados buscan en el Islam un enemigo permanente, al mismo tiempo que les permita justificar invasiones e intervenciones en diferentes países, pero también utilizar al

“terrorismo islámico” como herramienta de control social y generación de pánico y miedo entre las personas. Resulta curioso que la doctrina religiosa de Daesh provenga de Arabia Saudí, uno de los principales socios de Washington a nivel mundial, pero que este hecho no despierte demasiadas inquietudes entre los funcionarios de la Casa Blanca.

Pero la aparición de ISIS, cargada de un impacto mediático internacional debido a las masacres cometidas, también generó intensos debates dentro de la comunidad musulmana. ¿Justifica el Corán que los mercenarios de Daesh arrojen desde la terraza de edificios a los homosexuales? ¿Las enseñanzas del Profeta permiten que las mujeres sean utilizadas como esclavas sexuales y vendidas al mejor postor? ¿El surgimiento del Estado Islámico es una nueva fase en la lucha entre el chiismo y el sunismo? ¿O acaso los seguidores de Al Baghdadi permiten que Arabia Saudí lleve a otro nivel el enfrentamiento regional que sostiene con la República Islámica de Irán, de mayoría chiíta?

El Estado Islámico profesa el wahabismo, corriente dentro del Islam creada por Muhammad Ibn Abd Al Wahhab (1703-1792) en el siglo XVIII, que encontró su vía de canalización y difusión en la alianza sellada con el jefe saudí Muhammad Ibn Saud, iniciador de la tradición de la Casa de los Saud y la corriente islámica saudí. Con la legitimidad del wahabismo, Muhammad Ibn Saud comenzó su conquista de la entonces Arabia.

El ISIS también es señalado como una organización “salafista”, en referencia a la corriente de pensamiento impulsada por Ibn Taimiah. El término *salafí* proviene de *salaf*, que en árabe significa “predecesor” o “ancestro” del Profeta Muhammad y las tres primeras generaciones de sus compañeros. Por eso, los salafistas se arrojan el concepto de profesar “un Islam puro”.

Al mismo tiempo, ISIS es calificado como *takfirí*, término que es traducido comúnmente como “excomulgar” o “calificar de hereje o desviado”, que son sus significados más aproximados. Según explicó Mohammad Ebrahimneyad en su libro *El Estado “Islámico” de Iraq y Siria. Análisis crítico de su historia y pensamiento*, “Takfir significa ‘calificar de kafir’. Kafir proviene de *kafr* (velo), y es aquél a quien la verdad le está velada, que es el calificativo común que utilizan los musulmanes principalmente para quienes niegan la existencia de Dios y/o la existencia de Profetas, especialmente del Profeta del Islam; en el caso de los salafíes sunitas, utilizan la palabra *kafir* para todo aquel que no comparte sus doctrinas fanáticas. Con lo cual estaría permitido asesinarlo, apropiarse de sus bienes, violar cualquiera de sus derechos, incluso capturarlo para su utilización y/o venta como esclavo”.

Desde Medio Oriente, las voces más críticas contra ISIS provienen desde Irán y de los encendidos discursos brindados por el Jeque Hassan

Nasralá, líder de la organización político-militar libanesa Hezbolá. Tanto los dirigentes iraníes, incluido el Ayatola Ali Jamenei, como Hezbolá advirtieron en varias ocasiones que Daesh fue creado para derrotar al bloque formado por la República Islámica, Siria y la organización libanesa, todos enfrentados históricamente con Israel y con Estados Unidos.

En junio del año pasado, Jamenei denunció que “ISIS y Al Qaeda y otros grupos terroristas como ellos, son apoyados por Estados Unidos e Israel”, y subrayó que “el verdadero Islam depende del Corán y de la Sunnah y del estudio lógico, basado en la inferencia y las necesidades de las comunidades”. Jamenei alertó que la versión islámica representada “por ISIS y los tiranos es la misma creencia que no se preocupa por los crímenes sionistas” contra el pueblo palestino.

En *ISIS. El retorno de la yihad* el periodista Patrick Cockburn apuntó: “En décadas recientes, la forma en que el wahabismo se está apoderando de la corriente principal del Islam sunita es mediante un progreso extraordinario en el mundo islámico. En un país tras otro, Arabia Saudí está aportando dinero para el entrenamiento de predicadores y la construcción de mezquitas”. Estas mezquitas de las que habla el corresponsal inglés son el caldo de cultivo y lugar de reclutamiento que el Daesh, u otros grupos similares, utilizan para engrosar sus filas.

El ataque de ISIS contra la propia comunidad musulmana quedó en evidencia a finales de 2015 cuando, según un cable de la agencia *Prensa Latina*, los mercenarios demolieron “decenas de mezquitas en el sur de Mosul” por considerarlas “apóstatas”. “Los extremistas llevaron a cabo esas acciones bajo el pretexto de que en esos recintos religiosos musulmanes se hacía culto a credos e ideologías contrarias a su radicalismo ‘takfirista’, que considera renegado o traidor a todo el que disienta de sus posiciones fundamentalistas sunitas”, señaló el artículo. Desde junio de 2014, cuando tomó el control de Mosul, Daesh hizo volar y derribar numerosas mezquitas y santuarios chiítas y sufíes, además de iglesias, monasterios, templos y otros centros de culto cristianos y yezidíes.

En una entrevista publicada en abril de 2016 en el portal *Investig' Action*, Georges Corm –historiador, economista y ex ministro de Finanzas libanés–, arrojó luz sobre la actualidad del mundo musulmán, con el resurgimiento del terrorismo como eje principal. Para Corm, “hay que empezar por recordar que los fenómenos terroristas que adoptan consignas llamadas islámicas afectan, en primer lugar, mucho más intensamente y de forma continua desde hace décadas, a los países árabes y a otros países musulmanes”. El ex funcionario libanés también aclaró qué significa el concepto *yihad*, una palabra utilizada de forma bastante tergiversada por los grandes medios: “Hablar de ‘yihad’ en el

caso de estas operaciones terroristas es una aberración porque, cuando unos musulmanes matan de manera indiscriminada a otros musulmanes, esta barbarie no puede ser calificada de 'yihad'".

La explicación del significado de *yihad* es fundamental para desenmascarar las operaciones mediáticas y políticas que existen alrededor del Islam, que intentan demonizar a la comunidad musulmana. Según Corm, "la yihad tiene dos significaciones: una moral, que equivale a la perfección de uno mismo, puesto que esta palabra significa 'esfuerzo', y otra defensiva para detener a un invasor o a un ocupante. En todo caso, el terrorismo de organizaciones asesinas que afirman pertenecer al Islam no puede encontrar justificación alguna en el propio derecho tradicional musulmán (la Sharia). Cuando se ejerce contra otros musulmanes, su objetivo es crear situaciones de guerra civil dentro de la 'comunidad de creyentes', y en ese sentido es condenable desde el punto de vista del derecho musulmán clásico".

En el plano histórico, Corm destacó que casi la totalidad de los estados que se proclaman musulmanes, incluso los que practican las formas más extremas de la religión, incompatibles con la concepción de los derechos humanos, como Arabia Saudí o Pakistán, "son aliados incondicionales de Estados Unidos (con excepción de Irán y Siria); hay que recordar que las élites de estos países no envían a sus hijos a estudiar a La Meca o a Islamabad, sino a las grandes universidades europeas o estadounidenses, y que decenas de miles de ellos eligen quedarse en Europa o Estados Unidos una vez acabados sus estudios".

El economista e historiador apuntó que, en el mundo árabe, la renta petrolera no tuvo una reinversión en sectores claves, como en la industrialización de los países, sino que en muchos casos se empleó para "financiar la literatura de los muchos movimientos del llamado Islam 'político' en la concepción estrecha del wahabismo saudí o del régimen del gobierno paquistaní, que considera que su país es el de los 'puros' debido a la radicalidad del Islam practicado, la cual suprime también toda libertad individual".

Por su parte, Luz Gómez –profesora de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Autónoma de Madrid–, en una entrevista de finales de 2015 publicada en el portal *Rebellion*, definió que el Islam "es una religión que tiene 1.400 años de historia, y que se ha ido adaptando y moldeando a lo largo del tiempo. Al Estado Islámico lo podríamos considerar como una excrecencia, nada más. ISIS no es hijo del Islam, en todo caso lo es de eso que llamamos la posmodernidad, la globalización".

"La utilización de referentes islámicos se hace al margen de la tradición –destacó Gómez–. El Islam es algo muy plural, con diferencias muy

notables en el mundo. El Islam en China tiene poco que ver con el de la India o Indonesia, y por supuesto con otros más cercanos geográficamente a nosotros. El Estado Islámico niega esa pluralidad y por tanto también niega la Historia y los marcadores culturales. Es antiislámico porque va en contra de la esencia de esa religión”.

Al mismo tiempo, para la especialista el ISIS “emplea como táctica una simplificación absoluta de los elementos doctrinales” de una manera hábil y oportunista. Como ejemplo, Gómez recordó que el grupo terrorista “toma el Corán, se extraen frases sin contexto, se evita la reflexión y el debate”, en el marco de “una estrategia que, para cierto tipo de jóvenes, puede resultar atractiva”.

Con la aparición del Daesh, la comunidad musulmana es la más perjudicada “porque asistimos a un proceso progresivo de estigmatización”, principalmente en Europa. Al referirse al rol que juega Arabia Saudí, la profesora calificó a la monarquía de los Saud como “la pieza fundamental del tablero desde los años setenta. Es el país exportador de una ideología que nutrió a todos estos grupos terroristas y al final vale el refrán de cría cuervos y te sacarán los ojos. Arabia Saudí, el régimen menos plural de la zona, es una olla a presión que está a punto de estallar”.

Según explica el Sheij Abdul Karim Paz en su artículo “El Islam enfrenta al terrorismo”, publicado en noviembre de 2015, “el fenómeno del terrorismo islámico está ligado al aparato militar y de inteligencia de las grandes potencias” y las mayores víctimas son los musulmanes. “Por cada cristiano que estos criminales asesinan, son miles los musulmanes que se ven ultrajados y asesinados por estas bandas terroristas”, aseguró el representante de la Organización Islámica Argentina (OIA).

Para Karim Paz, el actual conflicto no es entre sunitas y chiítas, porque “no hay guerra inter-islámica ni choque de civilizaciones como nos quieren hacer creer los que siembran la discordia de la guerra y la disfrazan para obtener sus ilegítimos intereses”.

“Si miramos a quienes dicen representar a las grandes religiones monoteístas que componen más de dos tercios de la humanidad, quizás podamos encontrar alguna clave para esa visión religiosa –analizó–. El Judaísmo, el Cristianismo y el Islam, ¿desempeñan algún rol en la actualidad? Sí, sin duda, sea por acción u omisión. Además, por acción pueden hacerlo en un sentido negativo o positivo según sea el caso. Hay actores que en alguna medida representan, o dicen hacerlo, a las expresiones religiosas mencionadas, por lo que de alguna manera, se supone, estarían teniendo en cuenta lo que Dios quiere a la hora de planificar y ejecutar sus acciones”.

A esta opinión, Karim Paz agregó que siempre hay que tener en cuenta que “los mensajes proféticos han sufrido una deformación en manos de

hipócritas que atacaron desde adentro su mensaje y, luego de su fracaso, al hacerlo por fuera. Quienes más se opusieron a los grandes profetas como Moisés, Jesús y Muhammad, fueron los falsos religiosos entre sus seguidores, los llamados hipócritas o fariseos, los descriptos por Jesús como sepulcros, blancos por fuera y podridos por dentro; el famoso 'raza de víboras, no os conozco', o en términos coránicos, los hipócritas".

Sobre las interpretaciones del Islam en los dos principales aliados del ISIS, Karim Paz afirmó que Arabia Saudí pone "el acento en aspectos religiosos islámicos pero deformados mediante la interpretación wahabita, sectaria, dogmática, literalista y obsecuente con las tiránicas monarquías". Por su lado, Turquía tiene "otra interpretación del Islam más occidentalizada, laicista, de apariencia democrática y moderna, pero sumisa a Norteamérica y a la OTAN. Ambas versiones –destacó– constituyen 'modelos islámicos' para los distintos gustos según el particular punto de vista cristiano que ostentan Norteamérica e Inglaterra". Karim Paz también señaló que en la actualidad se difunde una "versión farisea" del Islam, impulsada por la alianza entre el "cristianismo imperial e invasor que pregonan las potencias anglosajonas, unidas al sionismo y al wahabismo saudí o laicismo turco, todas estas emparentadas con el fenómeno de Al Qaeda y sus derivados terroristas del ISIS, Al Nusra, Boko Haram, etcétera".

En una entrevista difundida por la cadena *Hispan TV*, Abdolhami Ismaeelzahi –erudito suní de Irán–, sintetizó que los actos de violencia y extremismo que practica Daesh "hacen que los musulmanes, el mundo islámico, así como el mundo entero, los menosprecie. Cuando hacen esas cosas lo atribuyen al Islam y el mundo lanza una campaña contra el Islam, diciendo: 'Los musulmanes son violentos y hacen cosas odiosas'. Y como resultado dan un duro golpe al Islam. En resumen, el Islam será dañado fundamentalmente. Se lanzará una campaña contra el Islam. Es triste decirlo, pero ellos preparan el terreno para este propósito".

Mientras los días pasan y los combatientes del Estado Islámico reciben duros golpes militares en Irak y Siria, queda claro que el wahabismo enarbolado por Al Baghdadi poco tiene que ver con las profundas ideas del Islam. Aunque es verdad que muchos pobladores encontraron en ISIS un espacio de identidad frente a la destrucción generada por Estados Unidos en las últimas décadas en Medio Oriente, quienes escaparon de las garras del Daesh (y profesan el Islam) saben que el "verbo" del Califa Ibrahim tiene mucho más que ver con el saqueo y el pillaje de ciudades y pueblos, que con una comunidad religiosa basada en el respeto y la paz interior de quienes la integran.

El jugoso tráfico de petróleo

Los vehículos, uno detrás del otro, parecen gusanos que reptan por un desierto sin dueño. Son decenas de camiones cisternas que huyen a toda prisa de Siria y buscan, de forma desesperada, cruzar hacia Turquía. Aunque las imágenes son en blanco y negro y tomadas desde una altura indefinida, ese trayecto parejo y urgente confirmó una verdad a voces: que el Estado Islámico acrecienta sus arcas con el tráfico ilegal de crudo que roba y comercia vía Turquía.

El video de los camiones fue difundido en diciembre de 2015 por el Ministerio de Defensa ruso, en medio de las crecientes tensiones y acusaciones entre Moscú y Ankara, luego de que el gobierno del presidente Erdogan derribara un caza ruso que sobrevolaba territorio sirio en noviembre pasado.

El control de pozos petroleros por parte de los mercenarios comandados por Al Baghdadi ya había sido denunciado por el propio Ejecutivo sirio en Naciones Unidas. El dinero recaudado por ISIS con la venta de crudo es uno de los puntos neurálgicos para entender cómo opera el grupo terrorista, que esgrime la "pureza" del Islam pero que se preocupa cada vez más por obtener grandes réditos económicos.

Sobre el tráfico de petróleo desarrollado por los terroristas, el gobierno sirio denunció que en los últimos cinco años el Estado Islámico robó "48 millones de barriles de crudo". La revelación fue hecha por el Ministerio de Petróleo y Recursos Minerales de Siria a la agencia *Ria Novosti*. Desde la cartera indicaron que, de 2011 a 2015, Siria perdió unos 46.000 millones de dólares de los ingresos del petróleo. La capacidad de los terroristas para el trasiego de crudo se debe a que el Daesh controla vastas zonas de Raqqa, Homs, Hasaka y Deir Ezzor, provincias con importantes yacimientos.

A principio de enero, el ministro sirio de Petróleo y Recursos Minerales, Suleiman Al Abás, declaró que la guerra de agresión contra su país causó pérdidas al sector petrolero por 60.446 millones de dólares. El funcionario denunció que el sector del petróleo en Siria "también sufrió las incursiones de la Coalición Internacional que atacan infraestructura, pozos de gas y petróleo, causando enormes pérdidas materiales, sobre todo en instalaciones y equipos de bombeo principal".

Hasta 2011, Siria producía cerca de 390 mil barriles de petróleo diariamente, lo cual le permitía cubrir la mayor parte del consumo interno e incluso dedicar una parte a la exportación de productos derivados. En la actualidad, según reveló *HispanTV*, la producción no sobrepasa los 50 mil barriles diarios.

En octubre pasado, la agencia de noticias *AP* reveló que el Estado Islámico obtiene entre 40 y 50 millones de dólares al mes por la venta

ilegal de crudo. Y desde la propia Casa Blanca alertaron, a través del subsecretario del Tesoro estadounidense Adam Szubin, que Al Baghdadi y sus secuaces recaudaron más de 500 millones de dólares por la venta de petróleo en el mercado negro. Szubin llamó al gobierno de Turquía a tomar “medidas para poner fin al flujo de dinero de los combatientes a través de la frontera”.

Para sumar más acusaciones cruzadas, en noviembre del año pasado el canciller ruso Serguei Lavrov afirmó que la coalición militar liderada por Washington hace oídos sordos al contrabando de crudo del Daesh. Otra voz que apuntó contra el Estado Islámico y sus cómplices fue Philip Giraldi, un ex agente de la CIA y especialista en contraterrorismo, que denunció que la Casa Blanca es consciente de que Turquía compra el petróleo a los terroristas. Para el ex funcionario, Estados Unidos “sabía que los turcos se dedican a la compraventa de petróleo del Estado Islámico y obtienen grandes ganancias, por eso no bombardeaba sus columnas de camiones cisterna”. Giraldi agregó que ahora la aviación estadounidense “ha atacado algunos camiones cisterna que transportaban petróleo”, pero antes “no lo hacía porque sabía que esos vehículos estaban bajo la protección de Turquía, que acoge bases aéreas” de Estados Unidos.

Una nueva voz discordante fue la del coronel estadounidense Steve Warren que declaró que el 18 de noviembre de 2015, durante un ataque sobre camiones cisternas de ISIS, “sobrevolamos los vehículos a baja altura para realizar una demostración de fuerza previa y, 45 minutos antes de la ofensiva, arrojamos unos papeles con la advertencia: ‘Destruiremos los camiones desde el aire. Abandonen los vehículos de inmediato. No arriesguen sus vidas’”.

Pero el golpe más fuerte para Turquía provino del presidente Putin, quien denunció que el derribo del avión por parte de Ankara “se debió al deseo de garantizar la seguridad de las rutas de suministro de petróleo” que trafica el Daesh. Durante la Cumbre del Clima que se celebró en Francia en 2015, el mandatario expresó que su gobierno posee “pruebas adicionales” que evidencian que “Turquía recibe cantidades industriales de crudo desde los yacimientos controlados por el Estado Islámico y otras organizaciones terroristas” en Siria.

Frente a esta situación, el gobierno de Erdogan esgrimió una defensa descabellada, en la que llegó a sostener que el petróleo robado por ISIS es vendido a Rusia y al propio Estado sirio.

Con un fuerte enfrentamiento como contexto, Moscú volvió a la carga y acusó a Estados Unidos y a Turquía por sus fallas a la hora de informar al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas sobre el contrabando de petróleo del Estado Islámico. “En virtud de la Resolución 2199, que fue

aprobada en febrero por nuestra iniciativa, los países deben proporcionar información (sobre la financiación de los terroristas) al Consejo de Seguridad si poseen tal información”, declaró el embajador ruso ante la ONU, Vitali Churkin. El funcionario explicó que Washington tuvo que “proporcionar esa información, y por supuesto Turquía debía haber informado de cualquier comercio ilegal (de petróleo) que sucediese allí”, agregando que “no lo hicieron”.

Al mismo tiempo que Turquía es señalada como el principal destino del crudo robado por Daesh, a finales del año pasado también aparecieron denuncias contra Bilal Erdogan, hijo del mandatario turco, que es apuntado como uno de los nexos con ISIS para traficar el petróleo extraído de Siria e Irak.

A finales de 2015, el viceministro ruso de Defensa, Anatoli Antonov, reveló que el “consumidor especial de este petróleo, robado a sus propietarios legales en Siria e Irak” es Turquía y que la familia Erdogan está involucrada en este “negocio criminal”. Antonov manifestó que existe “un equipo unificado de bandidos” encargados del tráfico y “que la élite turca trabaja en la región para robar el petróleo de sus vecinos”.

En diciembre de 2015, el diario tailandés *Asia Times* publicó que los barcos involucrados en el negocio ilícito generado por Daesh se registraron en Malta, país que alberga una docena de empresas del multimillonario azerbaiyano Mubariz Mansimov, quien el año pasado vendió petróleo a Bilal Erdogan. Según *HispanTV*, el hijo del presidente turco “es uno de los socios en el Grupo BMZ, una empresa turca de transporte marítimo que compró dos barcos en Malta para transportar cargamentos bajo la bandera del país asiático”. En noviembre de 2015, Bilal Erdogan también fue denunciado por el canciller sirio, Salid Al Moalem.

Por otra parte, en un informe publicado en diciembre por el diario *El País*, en el que se recogen las opiniones de varios especialistas, se puede entender la capacidad de ISIS en generar dinero para sus arcas. Valérie Marcel, analista especializada en petróleo de la Chatham House, estimó que “la producción no es superior a, como mucho, 40 mil barriles por día”. “Hace un año era el propio ISIS el que manejaba toda la cadena productiva: la producción, el refinado y el transporte hasta la frontera. Pero ahora los bombardeos hacen peligroso este negocio, así que lo subcontratan”, afirmó Marcel. Según la analista, ISIS exporta fuera de Siria e Irak “no más de un cuarto de su producción”, el equivalente a entre 5.000 y 10.000 barriles diarios, una cantidad ínfima si se compara con el consumo diario de petróleo de Turquía que alcanza los 720.000 barriles por día.

A su vez, Aymenn Jawad Al Tamimi –investigador sirio que accedió a documentos financieros del Daesh– explicó que en las cuentas de la

provincia de Deir ez Zor durante el mes de diciembre de 2014, se registraron casi 2 millones de dólares en ingresos del petróleo. Joshua Landis, profesor universitario y director de Syria Comment, detalló que antes “la exportación sí se hacía directamente a Turquía, porque era muy fácil echar una manguera o una tubería de un lado a otro de la frontera y hacer fluir el petróleo”, pero ahora el trasiego de crudo se sostiene en redes de traficantes o incluso comerciantes individuales que compran el petróleo a ISIS en Raqqa, Deir Ezzor o Mosul, a un precio que oscila entre los 4 y 15 dólares el barril. A través de esta red, el crudo luego es sacado de Siria o Irak y dirigido no sólo a Turquía, sino a países europeos e Israel. Sobre este último país, el diario azerí *Virtual Azerbaiyán* denunció en septiembre de 2015 que “Israel ha reducido la compra de crudo a Azerbaiyán al comprar el petróleo barato e ilegal al Kurdistán iraquí y al Daesh”. El matutino indicó que Tel Aviv “prefiere el crudo más barato” ofrecido por ISIS y extraído de los yacimientos en Siria e Irak. Por esos días, el diario británico *Financial Times* difundió que Israel importó entre mayo y agosto de 2015 más de 19 millones de barriles de crudo de la región norte de Irak, que equivale al 77 por ciento del consumo de petróleo del Estado israelí, que asciende a unos 240 mil barriles diarios.

Para intentar frenar el tráfico de crudo por parte de ISIS, el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó en febrero de 2016 una resolución que busca imponer sanciones graduales a Daesh y así intentar cortar el flujo de sus ingresos. La norma fue discutida y preparada por Estados Unidos y Rusia y apunta también a detener el tráfico de antigüedades robadas y comerciadas por los terroristas. En el texto del Consejo de Seguridad se exhorta a todos los países a congelar las cuentas bancarias y los activos, cortar los fondos y otros recursos económicos de los miembros del Estado Islámico. En la resolución, además, se insta a los estados a considerar como “un grave delito contra las leyes internacionales” el financiamiento del terrorismo y a intensificar el intercambio de información al respecto. El embajador ruso ante la ONU, Vitaly Churkin, explicó que “el dinero permite a los terroristas comprar armas y municiones por valor de más de 30 millones de dólares mensuales, muchas veces a partir de sociedades pantalla en Europa del Este, de donde llegan a sus manos medios de guerra fabricados con licencias rusas caducadas y bajo el argumento de armar a la oposición siria”.

En abril pasado, la representación permanente de Siria ante la ONU presentó una lista con datos de personas y organizaciones implicadas en el tráfico de hidrocarburos con grupos terroristas que operan en el país, principalmente con ISIS y el Frente Al Nusra. En la investigación, dirigida al secretario general de Naciones Unidas Ban Ki-moon, y al

embajador chino Liu Jieyi, se presentaron los “documentos que evidencian que el régimen turco mantenía relaciones con el grupo terrorista ISIS y compraba petróleo de esta organización”.

En febrero de este año, la ONU reconoció que la venta ilegal de crudo por parte del Daesh es su principal fuente de financiamiento. El vicesecretario de Naciones Unidas para Asuntos Políticos, Jeffrey Feltman, declaró que pese a la sanciones contra ISIS, el grupo obtuvo en 2015 entre 400 y 500 millones de dólares de ingresos.

En estos días, los camiones del Estado Islámico que trafican petróleo son acechados desde cerca por la aviación rusa, en el caso de Siria, y por la Fuerza Aérea iraquí. En Irak, la aviación viene dando duros golpes al grupo terrorista. A finales de abril, esa fuerza destruyó un convoy de 20 camiones que transportaba petróleo perteneciente a Daesh desde yacimientos ubicados en Qayyarah, zona al oeste del río Tigris, en la noroeste provincia de Ninive. El 29 de abril, la cadena de noticias *Sky News Arabia* informó que el Ejército iraquí había ultimado a Vahid Al Sabaavi, considerado el “ministro de petróleo” de ISIS. Los ataques de las fuerzas oficiales también acabaron con la vida de Farman Hadi Hamad, comandante de Daesh, cuando ambos se encontraban en la localidad de Al Qayara, a unos 50 kilómetros al sur de Mosul.

En Siria, los golpes contra el tráfico ilegal de crudo por parte del Estado Islámico son sostenidos y permanentes. Además de que ISIS perdió la mayoría del territorio en el norte del país, defendido por las milicias kurdas YPG/YPJ, y con esta situación su paso a Turquía es cada vez más dificultoso, el embajador sirio en Moscú, Riad Haddad, anunció que “la Fuerza Aeroespacial rusa logró prácticamente cortar el contrabando de petróleo a Turquía, y además fueron destruidas todas las cisternas con combustible (robado)”.

Las medidas concretas para detener el financiamiento del grupo terrorista tendrían que apuntar a cortar los vínculos del Daesh con los países que adquieren el crudo sirio. La complicidad de Washington, Europa, Arabia Saudí y Turquía con los grupos irregulares que buscan desestabilizar Medio Oriente es una verdad que se reafirma cada día más.

La danza de los millones

Arabia Saudí y Turquía son los principales benefactores del Estado Islámico. Armamentos, dinero y una política sostenida por ambos países que reclaman desde hace años la caída del gobierno sirio, se configuran como el principal respaldo del grupo liderado por Al Baghdadi. El financiamiento de la Casa de Saud a grupos terroristas no es nuevo. En diciembre de 2009, notas desclasificadas de Hillary Clinton, en ese

entonces secretaria de Estado norteamericana, confirmaban que la fuente de financiación más importante para organizaciones como Al Qaeda provenía de donantes saudíes. Por su parte, David Cohen –subsecretario del Departamento del Tesoro de Estados Unidos–, reconoció que en “lo que se refiere a dificultar los ingresos que Daesh obtiene de la extorsión y de otras actividades criminales, reconocemos que las herramientas no resultan particularmente adecuadas al respecto”.

¿Cómo es posible que la principal potencia del mundo no tenga capacidad para frenar el flujo de dinero que llega a Irak y Siria y termina en manos de los terroristas? ¿Por qué Washington y sus aliados europeos acuerdan de manera instantánea sanciones contra otras naciones –como es el caso de Irán, Siria, Venezuela o Cuba–, pero no definen una política concreta contra Arabia Saudí y Turquía, cuyos regímenes no dudan en solventar a ISIS?

En el libro *Fuera de control. Cómo Occidente creó, financió y desató el terror del Estado Islámico sobre el mundo*, del investigador Daniel Estulin, se recordó que en 2012 el Subcomité Permanente de Investigaciones del Senado estadounidense publicó un informe que detalla “el papel del banco HSBC en el blanqueo de dinero y en la financiación global del narcotráfico y el terrorismo”. En la investigación se revelaron los vínculos que la entidad financiera mantenía con el banco privado Al Rajhi, el más grande de Arabia Saudí, con 59.000 millones de dólares de activos y más de 500 sucursales. Según el informe, el banco fue fundado “por los hermanos Al Rajhi, bajo la dirección de Sulaimán Bin Abdulaziz Al Rajhi, presidente de la junta directiva, además de uno de los principales financiadores de Al Qaeda según una serie de informes de la CIA y del Tesoro de Estados Unidos”.

Por su parte, Wikileaks filtró cables del Departamento de Estado del 30 de diciembre de 2009 que aseveran que “los donantes saudíes constituyen la fuente de financiación de los grupos suníes en el mundo”.

En junio de este año, la agencia de noticias *Hawar* informó que la cancillería iraquí esperaba una explicación por parte de Arabia Saudí “sobre las campañas lanzadas dentro del Reino para recaudar fondos para los mercenarios de ISIS”. Ahmad Jamal, portavoz iraquí, declaró que este hecho “es una violación escandalosa de las resoluciones especiales del Consejo de Seguridad de la ONU y los principios de buena vecindad”. El funcionario remarcó que los verdaderos esfuerzos para eliminar a las organizaciones terroristas “se encuentran en la erradicación de sus fuentes de financiación y sus incubadoras intelectuales”.

En un artículo publicado en 2012 en el portal *Global Research*, el periodista Michel Chossudovsky afirmaba que “gracias a la financiación proporcionada por Arabia Saudí y Qatar, y en menor medida por Turquía,

Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos, los terroristas se han convertido en un ejército internacional mucho mayor que las redes de Osama Bin Laden, los muyahidines (afganos) y Al Qaeda". Para Chossudovsky, con la complicidad "del Imperio británico, de la Administración Obama y del Estado petrolero de Arabia Saudí, una marioneta en manos de los británicos, al nuevo Al Qaeda se le ha dado una oportunidad de oro para entrenar a terroristas experimentados y crear un ejército yihadista con combatientes de Arabia Saudí, Siria, Libia, Argelia, el Cáucaso, Turquía, el Líbano, Jordania, Egipto, la provincia china de Xinjiang, Ucrania y el Reino Unido".

En medio del trasiego de dinero y armamento, Estados Unidos continúa empeñado en financiar y apoyar a la "oposición moderada" dentro de Siria que, en realidad, se trata de grupos irregulares armados con menos poder que ISIS. Por esa razón, a principios de 2015 el presidente Obama anunció que su gobierno enviaría 500 millones de dólares a esas organizaciones, entre las que se encuentran el casi extinto Ejército Libre Sirio (ELS). A finales de ese año, el Frente Al Nusra agradeció al ELS por brindarle ayuda militar al proporcionarle misiles antitanque TOW.

La recaudación de impuestos en los territorios que controla, la confiscación de bienes de los pobladores, el saqueo de obras arqueológicas, el cobro de rescate por secuestros, la trata de personas, además del respaldo estatal por parte de Ankara y Riad, son otras fuentes de ingresos del ISIS. Así lo reconoció Naciones Unidas en uno de los tantos informes presentados sobre el Daesh; informes que demuestran y confirman lo que todos saben pero que, hasta ahora, poco sirvieron para detener el flujo de dinero que ingresa a la organización de Al Baghdadi.

Un ejemplo concreto de cómo ISIS acrecienta sus arcas lo brindó la ONU en mayo de este año, cuando su secretario Ban Ki-moon afirmó que el grupo terrorista recaudó unos 45 millones de dólares por rescates pagados por la comunidad yezidí, una de las más afectadas por la represión del Daesh. Ban alertó que "un aspecto muy preocupante es el uso de la violencia sexual como táctica de terrorismo. Daesh, Boko Haram y otros grupos extremistas están usando la violencia sexual como un medio para atraer y retener a los combatientes, y para generar ingresos". "La guerra de conquista de los grupos extremistas está siendo librada en y sobre las mujeres y niñas, que generan millones de dólares de ingresos. Es la reactivación del comercio de esclavos en nuestro propio tiempo", aseveró el titular de Naciones Unidas.

En diversos testimonios recogidos por medios internacionales, las mujeres raptadas por ISIS, y que lograron escapar o fueron liberadas, relataron que los terroristas no sólo las vendían al mejor postor sino que

las ultrajaban y violaban. Para establecer este negocio perverso, del que no escapan niñas ni adolescentes, Daesh montó bazares en los cuales ofrecen a la venta a las mujeres esclavizadas.

Otra faceta de ISIS es la extorsión a grandes empresas que estaban asentadas en Siria. Una extorsión que no escapa a la complicidad de las propias firmas extranjeras. Ese es el caso conocido recientemente de la cementera francesa Lafarge –la más importante del mundo–, la cual entabló negociaciones con Daesh para continuar su producción y ventas en Jalabiya, al norte de Siria. En una investigación presentada por el diario *Le Monde*, se reveló que la compañía “pagó impuestos a Daesh entre 2013 y 2014 con el fin de seguir funcionando durante la guerra”. La presencia del Estado Islámico en Jalabiya, ciudad ubicada a 150 kilómetros de Aleppo, llevó a la empresa a negociar el derecho de paso por sus puestos de control para sus camiones, requisitos que perduraron por un poco más de un año, hasta el 19 de diciembre de 2014 cuando la planta dejó de operar, tras lo cual el Daesh decidió finalmente apoderarse de la cementera. Ante esta situación, Lafarge ofreció a los terroristas relanzar la fábrica y repartir las ganancias, algo que desde ISIS rechazaron. *Le Monde* indicó que los representantes de la compañía además, habrían comprado petróleo de las refinerías ocupadas por el Daesh, financiando de esta manera al grupo irregular. En correos electrónicos citados en la investigación se reveló que los pedidos de pagos por parte de Daesh se realizaban “a través de la cuenta en el Líbano de Amro Taleb, hombre de negocios sirio canadiense de 28 años de edad quien en 2015 dio un charla en la Universidad de Harvard sobre ‘resolución de conflictos’ y propietario de una sociedad de importación-exportación ubicada en Turquía”.

Cuando ISIS ingresó, en 2015, a la ciudad siria de Palmira, trajo consigo la devastación y el saqueo. La localidad, declarada patrimonio de la humanidad por la Unesco por la existencia de ruinas grecorromanas, es considerada una reliquia del siglo I a.C. y una joya de la arquitectura y del urbanismo romano.

El robo y el tráfico ilegal de piezas arqueológicas son otras de las fuentes de recaudación para el Daesh. Según la ONU, los terroristas ya obtuvieron 100 millones de dólares saqueando reliquias en Irak y Siria. Uno de los principales botines de ISIS fue la ciudad de Nabuk, al oeste de Damasco, donde los terroristas obtuvieron 36 millones de dólares luego de vender las piezas que se encontraban en el lugar. Ante este panorama, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas prohibió comerciar artículos de arte obtenidos ilegalmente en Siria o Irak. Para que ISIS traslade los objetos a Europa, que es el principal mercado que espera las “novedades”, las piezas son enviadas a Líbano, Turquía o Jordania y, de esta manera, logra eludir los controles estipulados.

En declaraciones a la prensa, el arqueólogo sirio Amr Al Azm explicó que el Estado Islámico decretó un sistema de licencias con las cuales obtenía el 20 por ciento del precio de venta que conseguían los traficantes ilegales. Posteriormente, ISIS creó un nuevo sistema por el cual subcontrata las excavaciones y la venta de las piezas, reteniendo un margen de beneficio mayor.

¿Un final abierto?

Los combates contra el Estado Islámico en Irak y Siria se redoblaron en los últimos meses. El ingreso de la aviación rusa en el conflicto en territorio sirio fue un punto de inflexión para golpear de manera casi mortal a los seguidores de Al Baghdadi. Pero la primera gran derrota del Daesh se produjo en la ciudad kurda de Kobane, al norte de Siria. Las milicianas y los milicianos nucleados en la guerrilla YPG/YPJ (vinculadas al Partido de los Trabajadores de Kurdistán –PKK–) estuvieron 150 días repeliendo los ataques de los terroristas, que llegaron a controlar el 80 por ciento de la ciudad. En enero de 2015, los mercenarios huyeron de Kobane, luego de que las YPG/YPJ –en inferioridad de condiciones, pero luchando casa por casa–, derrotaran a una fuerza que recibió armamento y asistencia desde Turquía de manera permanente. A partir de ese momento, ISIS intentó retomar el control de la localidad, pero la guerrilla kurda (que hoy integra las Fuerzas Democráticas de Siria –FDS–) repelió los ataques e inició la liberación total del norte de Siria, declarando una federación de pueblos y nacionalidades, e impulsando un sistema de gobierno horizontal, basado en asambleas populares y en el cual las mujeres tienen el rol principal. Todo esto es, simplemente, la otra cara del Estado Islámico, por eso los mercenarios se empeñaron en destruir al pueblo kurdo y a sus organizaciones.

Por estos días, las derrotas militares del Estado Islámico se acrecentaron. En Raqqa, tanto el Ejército sirio como las FDS redoblaron sus avanzadas contra los mercenarios. Desde esa ciudad, una de las más importantes de Siria, cientos de terroristas salieron en desbandada o replegándose hacia otras zonas. El 13 de junio pasado, se conoció que el “tesorero del Daesh”, Hatam Al Ateybi, de nacionalidad saudí, huyó de Raqqa con una gran cantidad de dinero. Según la agencia de noticias *Sputnik*, Ateybi “tomó esa medida por temor al avance del Ejército sirio, por un lado, y de la alianza árabe-kurda”. Tres días después, la cadena *Al Alam* informó que el “autoproclamado emir del grupo terrorista takfir” fue eliminado en la región de Al Tabqah.

Otro frente de combate del Daesh en Siria es la ciudad de Manbij, ubicada al norte, a la cual ingresaron las Fuerzas Democráticas de Siria, luego de que la población les solicitara su intervención. Las FDS, respaldadas por los bombardeos de la Coalición Internacional, comenzaron la operación sobre Manbij a principios de junio, dando golpes mortales a los terroristas. Para las FDS, tomar el control total de Manbij les permite cortar una ruta estratégica que utiliza ISIS para ingresar armamentos y mercenarios desde Turquía.

En el frágil tablero de alianzas en Siria, tanto el Ejército como la aviación rusa redoblaron sus ataques sobre el oeste y el noroeste del país, para liberar ciudades controladas por el Estado Islámico o el Frente Al Nusra, en las provincias de Homs, Hama, Idleb, Latakia y Alepo. En esta última es donde se dan los combates más encarnizados, lo que convirtió a su capital (y anteriormente capital económica del país) en tierra devastada, con miles de desplazados que huyen hacia donde pueden.

En el suroeste del país, los golpes contra los grupos terroristas también se intensificaron. El Ejército sirio y las milicias del partido político-militar libanés Hezbolá no dan tregua a los miembros del Frente Al Nusra. La línea defendida por Siria y Hezbolá no sólo tiene que repeler a los terroristas, sino que es blanco de Israel, que asiste a los grupos irregulares.

Faluya, a 60 kilómetros de Bagdad y ubicada en la provincia de Anbar, fue liberada a finales de junio, luego de cruentos combates entre ISIS y el Ejército iraquí. En apenas tres días de enfrentamientos, 30 mil pobladores resultaron desplazados. La ofensiva había sido anunciada a mediados de junio por el primer ministro de Irak, Haidar Al Abadi, con el objetivo de tomar la localidad, bajo control de Daesh desde enero de 2014.

Cuando el Ejército iraquí comenzó las tareas de limpieza en la ciudad, se encontró un número importante de vehículos con patentes saudíes y qataríes en el norteño distrito de Golán, última zona en la que se había replegado Daesh. Las fuerzas militares también ubicaron fosas comunes y liberaron a casi 400 mujeres yezidíes, utilizadas como esclavas sexuales por el Daesh. Además, el Ejército iraquí detuvo a jeques que colaboraban con ISIS y trataban de escapar de la ciudad como refugiados.

En el caso de Mosul, el Ejército iraquí liberó la región de Al Sharqat, ubicada en la provincia noroccidental de Nínive, y uno de los principales accesos a la ciudad. Los enfrentamientos también se producían en la

zona de Telol Al Baj, situada en la carretera que une la ciudad de Al Sharqat y la parte sur de Mosul. El 26 de junio de 2016, el ministro iraquí de Defensa, Jaled Al Obeidi aseguró que Mosul y otras regiones controladas por Daesh serán liberadas en el transcurso de un año.

Bélgica, Francia, Turquía. Esos son los países en los que el Estado Islámico reivindicó atentados en el último año. La conmoción mundial puso los ojos en Bruselas, París y Estambul. Pero, ¿quién habla de África? ¿Qué líderes mundiales se conmocionaron por los asesinatos y atentados reivindicados por grupos terroristas que juraron lealtad al Daesh y asolan a los países africanos? ¿Cuál fue la reacción ante los atentados ocurridos en el Líbano en los últimos meses? ¿Quién contabiliza a las miles de personas que mueren en manos de grupos terroristas en Siria o Libia?

El Estado Islámico golpeó Europa y Turquía, y de esos ataques se desprenden conjeturas, análisis y posibles escenarios futuros. En el caso francés, luego de la masacre de la redacción de *Charlie Ebdó* y del atentado en París que dejó más de 100 muertos, el gobierno del presidente Francois Hollande descartó cualquier sutileza, y ordenó masivos bombardeos sobre territorio sirio. El mismo Hollande es señalado como uno de los líderes europeos que todavía hoy sostiene el accionar de grupos irregulares que intentan derrocar al gobierno sirio.

Ankara y Estambul también fueron blancos del Daesh. En el caso de Turquía, los atentados profundizan una situación crítica que vive ese país. El presidente Erdogan y su gobierno no dudan en calificar estos actos como "terroristas", pero mientras tanto respaldan al propio grupo que los ataca. Las vinculaciones entre el gobierno turco e ISIS quedan cada vez más al descubierto. En 2015, el diario *Cumhuriyet* difundió un video que muestra cómo funcionarios de la Organización Nacional de Inteligencia de Turquía (MIT) envían armas a los terroristas en Siria. Un año antes, las fuerzas policiales turcas realizaron operaciones en las ciudades de Adana y Hatay, ubicadas en las cercanías de la frontera con Siria, en las que detuvieron camiones llenos de armas y municiones. A su vez, el diario *Today's Zaman* informó que documentos filtrados que circulan por Internet confirman que los camiones del MIT entregan armas a los terroristas que se mueven por el territorio sirio.

Con los atentados sobre sus manos, Erdogan utiliza esos hechos para redoblar la represión contra el pueblo kurdo. El Estado turco considera al PKK una organización terrorista y, en los discursos, no lo diferencia del Daesh. Ciudades y pueblos kurdos arrasados por el Ejército turco en los últimos seis meses son la respuesta del gobierno de Erdogan al

“terrorismo”. Desde el Partido Democrático de los Pueblos (HDP, conformado por el movimiento kurdo y sectores de la izquierda turca) denunciaron en varias ocasiones que los atentados son organizados por los propios servicios de inteligencia del Estado, algo que no suena descabellado si viene con el sello del mandatario turco, que aplica una política de tierra arrasada contra los kurdos y controla con mano férrea la política interna del país, intentando sostener su gobierno para convertirse, de una vez por todas, en un poder regional hegemónico, bajo los parámetros del antiguo Imperio Otomano.

¿Cuál es el futuro del Estado Islámico? Se logre o no la derrota militar del Daesh, la ideología que rige a esa organización es el problema de fondo en Medio Oriente. El wahabismo, solventado por Arabia Saudí y sus petrodólares, se expande de manera sostenida, levantando valores de anti-humanidad que, como muchos opinan, poco tienen que ver con el Islam. Si a esto le sumamos que Riad y Ankara intentan posicionarse como poderes hegemónicos en la región y que sus políticas responden a los manuales más básicos del neoliberalismo, la ecuación va cerrando en torno a ISIS. Pero también es importante remarcar que organizaciones como el Estado Islámico tienen un fuerte arraigo popular, con un discurso simple y al mismo tiempo confuso, que se posicionan como opciones reales ante la desarticulación de los estados-nación, la casi desaparición del nacionalismo árabe como opción política, y el despojo y dolor producido por las invasiones militares encabezadas por Estados Unidos.

Aunque las informaciones sobre la muerte de Al Baghdadi sigan llegando, como la conocida el 14 de junio de 2016, en la que dieron por muerto al líder del Daesh durante un bombardeo de la Coalición Internacional en Raqqa, sus seguidores y lugartenientes no tendrán inconvenientes para cambiar nombres, trasladarse a otras regiones, o buscar refugio hasta nuevo aviso. El dinero que fluye desde Arabia Saudí y el armamento facilitado por Turquía siempre va a estar a disposición de quienes busquen, descarnadamente, llevar al caos total a Medio Oriente.

BIBLIOGRAFÍA

Albani, L. (2015). *Revolución en Kurdistán. La otra guerra contra el Estado Islámico*. Buenos Aires, Sudestada.

Chomsky, N. (2007). *El mundo después de Iraq*. Buenos Aires, Txalaparta.

Cockburn, P. (2015). *ISIS. El retorno de la yihad*. Buenos Aires, Paidós.

Ebrahimneyad, M. (2016). *El Estado "Islámico" de Iraq y Siria. Análisis crítico de su historia y pensamiento*. Teherán, Elhame Shargh.

Estulin, D. (2015). *Fuera de control. Cómo Occidente creó, financió y desató el terror del Estado Islámico sobre el mundo*. Buenos Aires, Planeta.

Sierra, G. (2016). *Los chicos de ISIS. Cómo los reclutan, cómo los adoctrinan, cómo esclavizan a las mujeres, cómo decapitan a los prisioneros*. Buenos Aires, Planeta.

Portales y agencias de noticias consultadas

- <https://resumenmedioriente.org>
- <https://marcha.org.ar>
- <https://prensa-latina.cu>
- <https://hispanTV.com>
- <https://actualidad.rt.com>
- <http://mundo.sputniknews.com/>
- <http://espanol.almayadeen.net/>
- <http://spanish.almanar.com.lb/>
- <http://es.hawarnews.com/>
- <http://elpais.com/>
- <http://elmundo.es>
- <http://cuartopoder.es>
- <http://publico.es>